

CLASICOS DE LIGUORI

VISITAS AL SANTISIMO



SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO

VISITAS AL SANTISIMO

San Alfonso María de Liguori



One Liguori Drive ▼ Liguori, MO 63057-0999

Imprimi Potest:
James Shea, C.S.S.R.
Provincial de la Provincia de St. Louis
Los Redentoristas

Imprimatur:
+ Edward J. O'Donnell, D.D.
Obispo Auxiliar, Arquidiócesis de St. Louis

ISBN 978-0-89243-771-9
Library of Congress Catalog Card Number: 94-78484
Propiedad literaria © 1994, Liguori Publications
Impreso en Estados Unidos
08 09 10 11 12 11 10 9

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducido, guardado en un sistema de computadora o transmitido sin el permiso por escrito de Liguori Publications.

La Editorial Liguori es una institución con fines no lucrativos y es un apostolado de los Redentoristas de la Provincia de Denver. Para conocer más acerca de los Redentoristas, visite la página Web Redemptorists.com.

Para pedidos, llame al 800-325-9521
www.liguori.org

ÍNDICE

Visitas al Santísimo

Visita 1

Visita 2

~~Visita 3~~

Visita 4

Visita 5

Visita 6

Visita 7

Visita 8

Visita 9

Visita 10

Visita 11

Visita 12

Visita 13

Visita 14

Visita 15

Visita 16

Visita 17

Visita 18

Visita 19

Visita 20

Visita 21

~~Visita 22~~

Visita 23

Visita 24

Visita 25

Visita 26

Visita 27

Visita 28

Visita 29

Visita 30

Visita 31

Visitas al Santísimo

ORACIONES PARA TODOS LOS DIAS

Visitas a Jesús Sacramentado

Oración para comenzar la visita diaria

San Alfonso María de Liguorio

Señor mío Jesucristo, que, por el amor que tienes a los hombres, estás de noche y de día en este sacramento, todo lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo a todos cuantos vienen a visitarte: yo creo que estás presente en el Santísimo Sacramento del altar, te adoro desde el abismo de mi nada y te doy gracias por todas las mercedes que me has hecho, especialmente por haberme dado en este sacramento tu mismo ser; por haberme concedido como abogada a tu Santísima Madre la Virgen María y por haberme llamado a visitarte en este lugar santo.

Adoro tu amantísimo Corazón y deseo adorarlo por tres fines: el primero, en agradecimiento de este tan preciado don; el segundo, para desagraviarte de todas las injurias que has recibido de tus enemigos en este sacramento, y el tercero, porque deseo en esta visita adorarte en todos los lugares de la tierra donde estás sacramentado con menos culto y más abandono.

Jesús mío, te amo con todo mi corazón; pésame de haber tantas veces ofendido en lo pasado tu infinita bondad; propongo, ayudado de tu divina gracia, enmendarme en lo venidero, y ahora, pobre como soy, me consagro todo a ti. Te doy y entrego mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todo cuanto me pertenece. De hoy en adelante haz, Señor, de mí y de mis cosas cuanto te agrade. Lo que yo quiero y te pido es tu santo amor, la perfecta obediencia a tu santísima voluntad, y la perseverancia final.

Te encomiendo, Señor, las almas del purgatorio, especialmente las más devotas de este Santísimo Sacramento, y te ruego por todos los pobres pecadores. En fin, amado Salvador mío, uno todos mis afectos y deseos con los de tu amorosísimo Corazón, y así unidos los ofrezco a tu Eterno Padre y le pido, en tu nombre, que por tu amor los acepte y atienda benignamente. Así sea.

Comunión Espiritual

Después de la visita diaria al Santísimo

Creo, Jesús mío, que estás en el Santísimo Sacramento del altar: te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte dentro de mi alma. Ya que no puedo hacerlo ahora sacramentalmente, ven a lo menos espiritualmente a mi corazón. Como si ya te hubiese recibido, te abrazo y me uno todo a ti. No permitas, Señor, que

vuelva a separarme de tu presencia.

A María Santísima Oración para finalizar la visita diaria

¡Inmaculada Virgen y Madre mía Santísima! A ti, que eres la “Madre de mi Señor”, la Reina del mundo, la abogada, la esperanza y el refugio de los pecadores, acudo en este día yo, que soy el más necesitado de todos.

Te alabo, Madre de Dios y te agradezco todas las gracias que hasta ahora me has hecho, especialmente la de haberme librado del infierno que tantas veces he merecido. Te amo, Señora y Madre mía, y por el amor que te tengo te prometo servirte siempre y hacer todo lo posible para que seas también amada de los demás. En ti pongo mi esperanza y mi eterna salvación.

Madre de misericordia, acéptame por tu hijo/a y acógeme bajo tu manto, y ya que eres tan poderosa ante Dios, líbrame de las tentaciones y dame fuerza para vencerlas hasta la muerte.

Te pido el verdadero amor a Jesucristo. De ti espero la gracia de una buena muerte. Madre mía, por el amor que tienes a Dios, te ruego que siempre me ayudes, pero mucho más en el último momento de mi vida. No me desampares mientras no me veas a tu lado en el Cielo, bendiciéndote y cantando tus misericordias por toda la eternidad. Así sea.

Visita 1

Jesús, fuente de todo bien

Oración preparatoria en la pág. 3

He aquí la fuente de todo bien, Jesús en el Santísimo Sacramento, el cual nos dice: “El que tenga sed venga a mí”.

Cuán abundante raudal de gracias han sacado siempre los santos de esta fuente del Santísimo Sacramento, en el que Jesús dispensa todos los méritos de su pasión, como predijo el profeta: “Sacarán aguas de las fuentes del Salvador”.

La condesa de Feria, aquella ilustre discípula de San Juan de Avila, que se hizo religiosa de Santa Clara y a la que, por sus largas y frecuentes visitas a Jesús sacramentado, se le dio el nombre de esposa del Santísimo Sacramento, preguntada qué hacía tantas horas como se pasaba delante del sagrario, respondió: “De buena gana estaría yo allí por toda la eternidad”.

Pues ¿qué?, ¿no está allí el Hijo de Dios que será por toda la eternidad el regalado sustento de los bienaventurados? ¡Santo Dios! Preguntan, Jesús sacramentado, qué se hace en tu presencia o qué no se hace. Se ama, se alaba, se

Oración preparatoria, pág. 3

Dice el padre Nierember que siendo el pan alimento que comiéndolo se consume y se conserva guardándolo, quiso Jesucristo quedarse entre nosotros como pan para ser consumido por medio de la comunión y para ser conservado en el sagrario y estar así siempre presente entre nosotros como prueba del amor que nos tiene.

“Se anonadó a sí mismo —escribe san Pablo—, tomando forma de siervo”. Y qué deberíamos decir nosotros al verle tomar forma de pan? No hay lengua —decía san Pedro de Alcántara—, que sea capaz de declarar el amor que Jesús tiene a cada una de las almas que están en gracia. Por eso, al partir Jesús de esta vida, para que su ausencia no nos fuera ocasión de olvido nos dejó en recuerdo este Santísimo Sa-cramento en que él mismo se quedaba. No sufriendo que entre él y nosotros hubiese otro testimonio de amor, sino él mismo que conservara viva la memoria.

Jesús mío, ya que estás presente en el sagrario para oír las súplicas de los desventurados que acuden a pedirte audiencia, escucha el ruego que te dirige el

pecador más ingrato que vive sobre la tierra.

Arrepentido llego a tus plantas, y me doy cuenta del mal que hice al disgustarte: por ello pido perdón por mis pecados. Dios mío, ¡ojalá nunca te hubiera ofendido!

Y, ¿sabes, Jesús, lo que más anhelo? Desde que he conocido tu gran amabilidad, estoy enamorado de ti, y siento un gran deseo de amarte y complacerte; pero no soy capaz sin tu ayuda. Da a conocer, todos mi Jesús, a tu sumo poder y tu bondad sin medida. Convierte a este rebelde pecador en un gran amigo tuyo. Puedes hacerlo. Suple, pues, todo lo que a mí me falta, a fin de que llegue a amarte mucho o, al menos, darme cuenta de cuanto te he ofendido.

Te amo, Jesús, sobre todas las cosas; te quiero más que a mi vida, Dios mío, mi amor y mi todo.

Jaculatoria: ¡Dios mío y mi todo!

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Lleguémonos al trono de la gracia para encontrar misericordia en el momento oportuno. María es, en sentir de san Antonio, ese trono, desde el cual dispensa Dios todas las gracias. Reina amabilísima, ya que tanto deseas ayudar a los pecadores, ve aquí a un gran pecador que a ti recurre. Ayúdame con tu poder y ayúdame pronto.

Jaculatoria: Refugio único de los pecadores, apiádate de mí!

Oración, pág. 4

Visita 3

Jesús, contento entre nosotros

Oración preparatoria, pág. 3

He aquí a Jesucristo, que no contento con haber dado la vida en este mundo, por nuestro amor, ha querido, después de su muerte, quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, declarando que entre los seres humanos halla él sus delicias.

“Hombres —dice santa Teresa—, ¿cómo pueden ofender a un Dios que declara hallar sus deleites en estar con ustedes?” En estar con nosotros pone Jesús sus delicias, y ¿no las pondremos nosotros en estar con Jesús? Démosle las gracias por amarnos y hablémosle de corazón a corazón.

Honrados se juzgan aquellos vasallos a quienes el rey da audiencia en su palacio. En el sagrario es el palacio de Jesús. Seamos reyes en él, y así como en el mundo su conversación y compañía.

Aquí me tienes, Señor mío y Dios mío, delante de este altar ante el cual permaneces noche y día por mi amor. Tú eres la fuente de todos los bienes, tú el médico de todos los males, tú el tesoro de todos los pobres. Aquí está, a tus pies, el más pobre y enfermo de todos los pecadores que te pide misericordia; ten compasión de mí.

No quiero que me desanimen mis miserias, pues veo, por este sacramento, que bajas del Cielo a la tierra sólo por mi bien. Te alabo, te doy gracias y te amo; y si quieres que te pida alguna dádiva, ésta es la que te pido: que me escuches favorablemente. No quiero ofenderte más; dame luz y gracia para amarte con todas mis fuerzas. Jesús, te amo con toda mi alma, te amo con todos los afectos de mi corazón. Haz que te lo diga de veras y que lo diga ininterrumpidamente en esta vida y por toda la eternidad.

Virgen María, santos mis abogados, ángeles y bienaventurados del Cielo, ayúdenme todos a amar a mi amabilísimo Jesús.

Jaculatoria: Jesús, Buen Pastor, pan verdadero, ten misericordia de nosotros: apaciéntanos, defiéndenos y haz que te veamos por toda una eternidad en los Cielos.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Sus cadenas son cadenas de salvación. Un cierto hombre santo dijo que la devoción a María es como una cadena que nos jala hacia el cielo. Pidámosle a Nuestra Señora que nos siga atrayendo hacia ella con esa cadena de confianza y amor.

Jaculatoria: ¡Piadosa y dulce Virgen María, ruega por nosotros!

Oración, pág. 4

Visita 4

Jesús, nuestro paraíso en la tierra

Oración preparatoria, pág. 3

Es tan grande el contento que en tratarse sienten los amigos del mundo, que pierden días enteros conversando juntos. De estar con Jesús Sacramentado sólo tiene fastidio el que no le ama, que para los santos ha sido el Santísimo Sacramento un paraíso anticipado.

Apareciéndose santa Teresa a cierta persona muy espiritual, le dijo: “Los de aquí del Cielo y los de ahí de la tierra hemos de ser unos en el amor y pureza, los de aquí viendo la esencia divina y los de ahí adorando al Santísimo Sacramento, con el cual habrán de hacer ahí ustedes lo que nosotros aquí con la esencia divina; nosotros gozando y ustedes padeciendo, que en esto nos diferenciamos”.

He aquí, por tanto, nuestro paraíso en la tierra: Jesús en el sacramento del altar.

Cordero inmaculado y sacrificado por nosotros en la cruz, acuérdate de que soy una de aquellas almas que redimiste con tantos dolores y con la muerte; y ya que te has dado y te das a mí todos los días sacrificándote por mi amor en los altares, haz que te posea siempre y que no te pierda jamás, y haz también que yo sea enteramente tuyo. Me entrego a ti, para que hagas de mí cuanto te agrade. Te doy mi voluntad: aprisionala con los dulces lazos de tu amor, a fin de que sea eternamente esclava de tu santísima voluntad.

No quiero vivir para satisfacer mis deseos, sino para complacer tu voluntad. Destruye en mí todo lo que te desagrada; dame la gracia de no tener otro pensamiento que el de servirte ni otro deseo que el de conformarme con el tuyo. Te amo, dulcísimo Salvador mío, con todo mi corazón; te amo porque deseas que te ame; te amo porque eres infinita-mente digno de mi amor y siento no amarte cuanto te mereces. Quisiera, Señor, morir por tu amor. Acepta este mi deseo y dame tu amor. Así sea.

Jaculatoria: Voluntad y querer de mi Jesús, a ti me consagro por entero.
Comunión espiritual, pág. 14

A María Santísima

“Yo soy la madre del amor hermoso”, dice María, es decir, del amor que hermosea las almas. Vio santa María Magdalena de Pazzi que iba María Santísima distribuyendo un licor dulcísimo que no era sino el amor divino. Don éste que sólo María dispensa; pidámoslo, pues a María.

Jaculatoria: Madre mía, Esperanza mía, hazme todo de Jesús.

Oración, pág. 4

Visita 5

Jesús, amador de todos

Oración preparatoria, pág. 3

El pájaro, dice David, halla habitación en los agujeros de las casas y la tórtola dentro del nido; pero tú, Dios mío, has hecho tu nido y has puesto tu habitación en la tierra, y dentro de los altares, con el fin de que te encontráramos más fácilmente y de permanecer siempre con nosotros.

Forzoso es confesar tu desmedido amor para con todos: no sabes ya qué hacer para ganarte su amor. Haz ahora, Jesús amabilísimo, que también nosotros nos enamoremos apasionadamente de ti. No es razón amar con tibieza a quien con tanto amor nos regala. Llévanos a ti con los dulces atractivos de tu amor; y haznos conocer las bellas prendas con las que estás adornado para ser amado.

Siendo así que tú, Amabilidad infinita, tanto has amado a todos y has hecho tanto para que te amen, ¿cómo es posible que sean tan pocos los que te aman? No quiero hallarme, como hasta aquí, en el número de esos ingratos: yo estoy resuelto a amarte cuanto pueda y a no amar a nadie sino a ti.

Tú te lo mereces y me lo pides con tanto apremio: quiero contentarte. Haz, Dios de mi alma, que te agrade plenamente. Te lo pido y espero por los méritos de tu Pasión.

Los bienes de la tierra dáselos a quien los desee, que yo sólo anhelo y espero el gran tesoro de tu amor. Te quiero, Jesús mío; te amo, Bondad infinita. Tú eres toda mi riqueza, toda mi alegría y todo mi amor.

Jaculatoria: Jesús mío, tú te has dado todo a mí; yo me entrego todo a ti.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Virgen María, san Bernardo te llama “robadora de los corazones”. Dice que con tu belleza y con tu bondad andas robando los corazones. Roba, te lo pido, este

corazón mío y toda mi voluntad. Yo te la entrego. Unida a la tuya, dásela a Dios.

Jaculatoria: Madre amabilísima, ruega por mí.

Oración, pág. 4

Visita 6

Jesús, nuestro tesoro.

Oración preparatoria, pág. 3

Dice Jesucristo que allí donde uno cree que tiene su tesoro tiene su corazón.

Por eso los santos, que no estiman ni aman otro tesoro que a Jesucristo, tienen su corazón y todo su amor en el Santísimo Sacramento.

Amabilísimo Jesús sacramentado, que por el amor que me tienes estás encerrado noche y día en este sagrario, te ruego que atraigas hacia ti todo mi corazón, para que no piense sino en ti, ni ame, ni busque, ni espere otro bien fuera de ti. Hazlo, Jesús, por los méritos de tu Pasión, por los cuales te lo pido y espero.

Salvador mío sacramentado, ¡cuán dulces y tiernas son las invenciones de tu amor para alcanzar que las almas te amen! ¡Verbo eterno! No te has sentido satisfecho con hacerte hombre y morir por mí, sino que además me has dado este sacramento por alimento, por compañía y como garantía del paraíso.

Tú te has dignado aparecer entre nosotros como niño en un establo, como pobre en un taller, como reo en una cruz, como pan en un altar. Dime, ¿qué más puedes inventar para hacerte querer? Amable Jesús, ¿cuándo empezaré a corresponder de veras a tantas finezas de amor?

Jesús, no quiero vivir sino para amarte a ti solo. ¿Para qué quiero esta vida si no la empleo toda en amarte y complacerte, amado Redentor, que toda la tuya la empleaste en mi bien? ¿Ca quien me de amar sino a ti que eres todo hermoso, todo afable, todo bueno y amable sin medida?

Viva mi alma sólo para amarte; que se abraza de amor al solo recuerdo de tu amor. Y al oír nombrar el pesebre, la cruz, el sacramento, arda toda en deseos de hacer grandes cosas por ti, Jesús mío, que tanto has hecho y padecido por mí.

Jaculatoria: Concédeme, Jesús mío, que antes de morir haga alguna obra digna de ti.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

“Como olivo hermoso en los campos”. Yo soy, dice María, el hermoso olivo del

que se extrae siempre aceite de miseri-cordia, y estoy en campo abierto a fin de que todos me vean y puedan acudir a mí.

“Recuerda —diremos con san Bernardo—, piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que haya sido de ti desamparado ninguno de cuantos se han acogido a tu socorro”. No sea yo el primer desventurado que, acudiendo a ti, Madre, quede sin amparo.

Jaculatoria: María, concédeme la gracia de recurrir siempre a ti.

Oración pág. 4

Visita 7

Jesús, nuestro perpetuo compañero

Oración preparatoria, pág. 3

Este nuestro amoroso Pastor, que por nosotros sus ovejas dio la vida, no quiso ni aun al morir separarse de nosotros.

Véanme aquí, ovejuelas mías; véanme aquí siempre con ustedes. Por ustedes me quedé en este sacramento y aquí me hallarán siempre que quieran para ayudarlas y consolarlas con mi presencia. No las dejaré hasta el fin de los tiempos, mientras en la tierra vivan.

Dice san Pedro de Alcántara que, deseando el Esposo, en ausencia tan larga, dejar a su esposa alguna compañía para que no quedase sola, le dejó este sacramento, en el que él mismo se quedaba, por ser la mejor compañía con que podía regalarla.

Salvador mío, amabilísimo, vengo a este altar a visitarte en este día. Pero tú me devuelves la visita, con un amor infinito, cuando en la sagrada comunión vienes a mi alma. Entonces no sólo te haces presente en mí, sino que te conviertes en mi alimento y te entregas y unes todo entero a mi alma, de suerte que en verdad puedo decir: Ahora, buen Jesús, eres todo mío.

Jesús, ya que del todo te entregas a mí, es razón que yo me entregue enteramente a ti. Soy un vil gusano y tú el Rey del universo. Dios amorosísimo y amor de mi alma, ¿cuándo será que de verdad y no sólo de palabra me consagre enteramente a ti? Tú puedes hacerlo; aumenta, pues, en mí la confianza por los méritos de tu sangre, a fin de que consiga, antes de mi muerte, la gracia de verme todo tuyo y nada mío.

Deseo, Jesús, amarte con todas mis fuerzas y obedecerte en todo cuanto me mandes, sin interés, sin premio ni consuelo. Sólo por agradarte, sólo por complacer tu Corazón, de mí tan apasionadamente enamorado.

Amarte será mi premio, Hijo del eterno Padre. Toma mi libertad, mi voluntad,

todas mis cosas, todo mi ser, y date todo a mí. Te amo, te busco y por ti suspiro. Sí, te amo, te amo, te amo.

Jaculatoria: Jesús mío, haz que sea todo tuyo.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Señora mía amabilísima, la Iglesia toda te proclama y saluda: Esperanza nuestra.

Ya que eres la esperanza de todos, sé también mi esperanza. San Bernardo te llamaba toda la razón de su esperanza, y añadía: “En ti espere el que desespera”.

Esto es lo que yo quiero decirte: Madre mía, tú salvas hasta a los desesperados. En ti pongo toda mi esperanza.

Jaculatoria: Madre de Dios, ruega a Jesús por mí.

Oración, pág. 4

Visita 8

Jesús, suspirando porque nos unamos a él

Oración preparatoria, pág. 3

A toda alma que visita a Jesús en el Santísimo Sacramento le dice el Señor las palabras con las que saluda a la sagrada esposa: “Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven”.

“Levántate”, alma que me visitas y sal de tus miserias, que yo estoy aquí para enriquecerte con mi gracia. “Apresúrate” y recuéstate a mi lado y no te espante mi majestad, que precisamente se ha humillado en este sacramento para quitarte el temor y darte confianza.

“Amiga mía”, ya no eres mi enemiga, sino mi amiga, ya que tú me amas y yo también te amo. “Hermosa mía”, mi gracia te ha hecho hermosa: ea, ven, abrázate conmigo y pídemme cuanto quieras con entera confianza.

Decía santa Teresa que este gran Rey de la gloria se ha disfrazado bajo la forma de pan en el Santísimo Sacramento y con ella ha encubierto su majestad, a fin de que nos lleguemos con más confianza a su divino Corazón.

Acerquémonos a Jesús con gran confianza y afecto; unámonos a él y pidámosle sus gracias.

Qué alegría la mía, Verbo eterno hecho hombre y sacramentado por mi amor, sabiendo que estoy delante de ti, que eres mi Dios, majestad infinita e infinita bondad, y que tanto cariño tienes a mi alma.

“Traídos serán a los pechos”.

El padre Baltazar Alvarez vio a Jesús que estaba en el sacramento con las manos llenas de gracias, buscando a quien dispensarlas; y santa Catalina de Siena, siempre que se acercaba al Santísimo Sacramento, lo hacía con aquella prisa y ansia amorosa con que un niño se llega al pecho de su madre.

~~Hijo amado del Padre, reconozco que eres el objeto más digno de ser amado. Comprendo que yo, traidor y rebelde a tu amor, no merezco amarte ni siquiera estar a tu lado como estoy ahora en esta iglesia. Pero sé que tú quieres mi amor y siento que me dices: “Dame, hijo mío, tu corazón”. “Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón”.~~

Comprendo que me has conservado la vida y no me has precipitado en el infierno para que me convierta del todo a tu amor. Ya que tú quieres ser amado de mí, aquí me tienes, Dios mío: a ti me rindo y a ti me entrego, que eres todo bondad y amor.

Te elijo por único Rey y Dueño de mi pobre corazón. Tú lo quieres y yo te lo quiero dar: frío está, frío y sucio; pero si lo aceptas, tú lo cambiarás. Transformame, Jesús mío, transformame, pues no quiero vivir como en el pasado, tan ingrato y tan poco amante de ti, bondad infinita, que tanto me amas y que mereces un amor infinito. Haz que de hoy en adelante te compense con mi amor el que he dejado de tenerte en la vida pasada.

Jaculatoria: Dios mío, quiero amarte, quiero amarte.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Toda semejante a Jesús es su Madre María, que, siendo Madre de misericordia, goza socorriendo y consolando a los miserables.

Y es tanto lo que desea esta Madre dispensar sus gracias a todos, que, según san Bernardino de Busto, más desea ella hacerte bien y concederte gracias que tú desear las recibir.

Jaculatoria: Dios te salve, vida y esperanza nuestra.

Oración, pág. 4

Visita 10

En Jesús están todos los bienes

Oración preparatoria, pág. 3

Insensatos del mundo, dice san Agustín; desdichados, ¿adónde van para

satisfacer su corazón? Vengan a Jesús, que solamente él les puede dar el contento que buscan.

Alma mía, no seas tú tan insensata. Busca sólo a Dios, en el cual están todos los bienes, como dice el mismo santo. Y si lo quieres encontrar pronto, aquí lo tienes muy cerca de ti: dile lo que quieres, pues está en el sagrario para oírte y consolarte.

No a todos les es dado, dice santa Teresa, hablar con el rey: lo más a que pueden aspirar algunos es a hacerlo por tercera persona. Pero para hablarte a ti, Rey de los Cielos, no hacen falta intermediarios, pues estás siempre dispuesto a dar audiencia a todos en el Santísimo Sacramento del altar. Ahí te halla todo el que quiere y te habla con la mayor llaneza.

Y aunque llegue alguien a hablar con el rey, ¿cuánto tiene que esperar? Los reyes dan audiencia pocas veces al año. Pero tú, en este sacramento, siempre que queremos nos das audiencia, lo mismo de noche que de día.

Jesús sacramentado, que, ya dándote en la comunión, ya permaneciendo en los altares, sabes con los dulces hechizos de tu amor atraer a tantos corazones que, enamorados de ti, arden felicísimos en tu amor y piensan continuamente en ti, arrastra también este mi pobre corazón, que desea amarte y vivir esclavo de tu amor.

De hoy en adelante pongo en tus manos todos mis intereses, mis esperanzas, mis afectos, mi alma, mi cuerpo, en fin, todo mi ser. Acéptame, Señor, y dispón de mí como te plazca. No quiero lamentarme más, amor mío, de tus santas disposiciones: sé que, procediendo de tu amoroso corazón, amorosas y para mi bien han de ser todas. Me basta que tú lo quieras para que yo las quiera tanto en el tiempo como en la eternidad.

Haz en mí y de mí lo que te agrade. Me uno enteramente a tu voluntad, que es por encima de todo buena y hermosa, perfecta y amable. Voluntad de mi Dios, ¡cuán agradable eres para mí! Quiero vivir y morir abrazado contigo. Tu gusto es mi gusto, y quiero que tus deseos sean también mis deseos.

Dios mío, Dios mío, ayúdame y haz que desde hoy viva sólo para ti, sólo para querer lo que tú quieras, sólo para amar tu entrañable voluntad. Muera yo por tu amor, ya que tú has muerto antes por mí y por mí te has hecho alimento de mi alma. Maldigo aquellos días en que hice mi voluntad, con tanto disgusto tuyo.

Te amo, voluntad de mi Dios, cuánto amo a Dios, puesto que eres el mismo Dios. Te amo con todo mi corazón y a ti me entrego sin reticencias.

Jaculatoria: Voluntad de mi Dios, tú eres mi único amor.

Comunión espiritual, pág. 4

Nos dice la Reina de los Cielos: “En mi mano están las riquezas para enriquecer a los que me aman”.

Amemos a María si queremos ser ricos. Raimundo Jordán la llama “tesorera de las gracias”. Bienaventurado el que con amor y confianza invoca a María. Madre mía, esperanza mía, tú puedes hacerme santo: de ti espero esta gracia.

Jaculatoria: Madre de amor, ruega por mí.
Oración, pág. 4

Visita 11

Jesús, dadivoso con los que le visitan

Oración preparatoria, pág. 3

“Procuremos —dice santa Teresa— no alejarnos ni perder de vista a nuestro querido pastor Jesús, porque las ovejas que andan cerca del pastor siempre son más regaladas y siempre les da bocadillos más particulares de lo que él mismo come.

Si el pastor se esconde o duerme, no se aparta ella de un lugar hasta que aparece o despierta el pastor, o ella misma, balando con perseverancia, le despierta, y entonces con nuevo regalo es de él acariciada”.

Mírame, Jesús sacramentado, junto a ti: no quiero otro regalo que el fervor y la perseverancia en tu amor.

Gracias te doy, fe santa, porque me enseñas y aseguras que en el sacramento del altar, en aquel pan celestial, no hay pan, sino que está realmente mi Señor Jesucristo y que está por mi amor.

Señor mío y todo mi bien, creo que estás presente en el Santísimo Sacramento, y aunque escondido a los ojos del cuerpo, te reconozco con la luz de la fe en la hostia consagrada por el Rey del Cielo y de la tierra y por el Salvador del mundo. Y así, dulce Jesús mío, como eres mi esperanza, mi salvación, mi fortaleza y mi consuelo, quiero que seas también todo mi amor y el único objeto de todos mis pensamientos, deseos y afectos.

Gozo más de la suma felicidad que disfrutas y disfrutarás eternamente que de todos los bienes que pudiera yo gozar en la tierra y en el Cielo. Mi mayor satisfacción es saber que tú, Redentor mío, eres totalmente dichoso y que tu felicidad es infinita.

Reina, Jesús mío, reina en mi alma. Yo te la entrego sin limitaciones y con el fin de que la poseas por toda una eternidad. Sean mi voluntad, mis sentidos y mis potencias esclavos de tu amor y no me sirvan en este mundo más que para darte gusto y gloria.

Fue así tu vida, primera amante y Madre de mi Jesús, María Santísima. Ayúdame, Madre, y alcánzame que en el futuro viva feliz, como viviste tú, por ser toda de Dios.

Jaculatoria: Jesús mío, sea yo todo tuyo y tú todo mío.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

“Bienaventurado el que vela a mis puertas todos los días y aguarda a los umbrales de mi casa”. Dichoso el que, como los pobres que están a la puerta de los ricos, pide solícito limosna a las puertas de la misericordia de María. Y más feliz aún el que cuida de imitar las virtudes que ve en María, pero en especial su pureza y su humildad.

Jaculatoria: Ayúdame, Esperanza mía.

Oración, pág. 4

Visita 12

Jesús, centro de nuestros amores

Oración preparatoria, pág. 3

El que ama a Jesús está con Jesús y Jesús está con él. “Si alguien me ama será amado de mi Padre, y vendremos a él y estableceremos en él nuestra morada”.

Cuando san Felipe Neri comulgó por viático, al ver entrar al Santísimo Sacramento exclamó: “He aquí el amor mío, he aquí el amor mío”. Diga, pues, cada uno de nosotros en presencia de Jesús Sacramentado: He aquí el amor mío, he aquí el motivo de mis amores durante mi vida y por toda la eternidad.

Señor y Dios mío, dijiste en el Evangelio que “quien te ame será amado de ti y vendrás a él y establecerás en él tu morada para siempre”.

Yo te amo sobre todo bien. Amame tú, Jesús, porque estimo en más el ser amado de ti que poseer todos los reinos del mundo. Ven y establece tu morada en la pobre casa de mi alma, de tal suerte que nunca te apartes de mí, o por mejor decir, que nunca te despida yo, ya que tú nunca te vas si antes no eres despedido.

Mas como te arrojé en el pasado, pudiera ser que te despidiera de nuevo. No permitas que yo cometa esta maldad y horrenda ingratitud, precisamente yo, tan singularmente favorecido de ti. No permitas que te arroje de mi alma. Pero, ¡ay!,

ello puede suceder.

Por eso, Señor mío, prefiero la muerte, si es de tu agrado, con el fin de que, muriendo unido contigo, contigo viva unido eternamente. Sí, Jesús, así lo espero.

Te abrazo y estrecho contra mi pobre corazón. Haz que siempre te ame y sea siempre amado de ti. Sí, amable Redentor mío, siempre te amaré y tú siempre me amarás. Espero que nos amaremos, Dios de mi alma, por toda la eternidad. Así sea.

Jaculatoria: Jesús mío, quiero amarte siempre y ser amado de ti.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

“Los que se guían por mí no pecarán. El que trata de obsequiarme —dice María— alcanzará la perseverancia. Los que me glorifican tendrán la vida eterna”. Y los que trabajan en hacer que los demás me conozcan y amen serán predestinados”.

Promete, pues, hablar siempre que puedas, pública o pri-vadamente de las glorias y de la devoción de María.

Jaculatoria: Quiero alabarte en todo momento, Virgen María.

Comunión espiritual, pág. 4

Visita 13

Jesús, huésped amable del alma

Oración preparatoria, pág. 3

“Mis ojos y mi corazón estarán aquí todos los días”.

Mira como cumple Jesús esta su hermosísima promesa en el Santísimo Sacramento del altar, donde se ha quedado con nosotros de noche y de día. Bastaría y aún sobraría, Señor mío, quedarte en este sacramento durante el día, cuando podías tener en tu presencia adoradores que te hicieran compañía. Pero ¿para qué permanecer también por la noche, cuando los hombres cierran las iglesias y se retiran a sus casas, dejándote enteramente solo?

Pero ya lo entiendo: el amor te hizo prisionero nuestro. El amor apasionado que nos tienes te ata a este mundo, de forma que ni de noche ni de día te permite alejarte de nosotros.

Amado Salvador mío, esta tu sola fineza de amarnos debiera forzarnos a todos a acompañarte en el sagrario, hasta que por fuerza nos echaran de allí. Y al retirarnos debiéramos dejar al pie del altar nuestro corazón y todo nuestro cariño en obsequio del Dios humano, que está allí solo y oculto en el sagrario, hecho

todo ojos para ver y remediar nuestras necesidades y todo corazón para amarnos, incluido siempre que amaneciera el día a fin de que las almas, sus amadas, vayan a visitarle.

Sí, Jesús mío, yo quiero contentarte, yo quiero consagrarte toda mi voluntad y todos mis afectos.

Bondad infinita de mi Dios, te has querido quedar en este sacramento no sólo para estar presente y próximo a nosotros, sino especialmente para comunicarte a las almas que tanto quieres. Pero, Señor, ¿quién se atreverá a acercarse a tu mesa y alimentarse de tu cuerpo? O más bien, ¿quién podrá alejarse de ti?

Te ocultas en la hostia consagrada para entrar dentro de nosotros y poseer nuestros corazones. Ardes en deseos de que te recibamos y te complaces en unirte con nosotros. Ven, Jesús, pues; ven: deseo recibirte dentro de mí para que seas el Dios de mi corazón y de mi voluntad.

Cuanto hay en mí, amado Redentor, lo sacrifico a tu amor: satisfacciones, placeres, voluntad propia. Todo te lo entrego, Dios de amor, reina, triunfa enteramente en mí; y destruye y sacrifica cuanto sea mío y no tuyo.

No permitas que mi alma, llena de Dios después de haberte recibido en la santa comunión, vuelva a aficionarse a las criaturas. Te amo, Dios mío; te amo y sólo a ti quiero amarte para siempre.

Jaculatoria: Jesús, tráeme con los lazos imperiosos de tu amor.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Nos exhorta san Bernardo a que busquemos la gracia y la busquemos por medio de María.

Ella, dice san Pedro Damiano, es la tesorera de las divinas misericordias; puede y quiere enriquecernos, que por eso nos invita y llama diciendo: “Quien sea pequeñuelo venga a mí”.

Señora amabilísima, confía en mí y en mí, mira a este pobre pecador que a ti se

Jaculatoria: Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.

Oración, pág. 4

Visita 14

Jesús, escucha benigno nuestras peticiones

Oración preparatoria, pág. 3

Amable Jesús, yo te oigo decir desde ese sagrario donde moras: “Este es mi descanso para siempre. Aquí habitaré porque es el lugar que escogí”.

Si has puesto tu casa en el altar y te has quedado con nosotros en el Santísimo

Sacramento y por el amor que nos tienes encuentras aquí tu descanso, es también justo que nuestros corazones habiten siempre contigo por amor en el sagrario y tengan en él todo su contentamiento y sosiego.

Dichosas ustedes, almas amantes, que no hallan en el mundo más grato reposo que estar a la vera de Jesús sacramentado. Y dichoso yo, Señor mío, si no encontrara de hoy en adelante dicha mayor que la de permanecer en tu presencia o pensar siempre en ti, que en el Santísimo Sacramento estás pensando en mí y en mi bien.

Señor mío, ¿por qué perdí tantos años en que no te amé? Años míos infelices, los maldigo y te bendigo a ti, ¡paciencia infinita de mi Dios!, que tanto tiempo me has sufrido, ingrato como era a tu amor.

Mas con ser tan ingrato me has esperado, ¿por qué, Dios mío, por qué? Para que, vencido al fin por tu amor y misericordia, me entregue del todo a ti. No quiero, Jesús, oponer más resistencia, no quiero ser desagradecido por más tiempo. Justo es que te consagre el tiempo, poco o mucho, que me queda de vida.

Espero Jesús, que me ayudes para ser todo tuyo. Si me ayudaste cuando huía de ti y menospreciaba tu amor, ¡cuánto más me ayudarás ahora, que te busco y deseo amarte! Dame la gracia de amarte, tú que eres digno de un amor infinito.

Te amo con todo mi corazón, te amo por encima de todas las cosas, te amo más que a mí mismo, más que a mi vida. Amor infinito, perdóname y junto con el perdón dame la gracia de amarte apasionadamente hasta el fin de mi vida y por toda la eternidad en el Cielo.

Hazme ver con tu poder, Dios todopoderoso, este prodigio, el que un alma tan ingrata como la mía llegue a ser una de las más amantes tuyas. Hazlo por tus méritos, Jesús mío. Así lo deseo y así propongo vivir hasta la muerte. Tú que me inspiras el deseo, dame fuerza para realizarlo.

Jaculatoria: Gracias, Jesús, por haberme esperado hasta ahora.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

“Nadie se salva —dice san Germán, hablando con María Santísima—, sino por ti, a nadie se concede gracia alguna sino por tu intercesión”.

De suerte, Señora y esperanza mía, que si no me ayudas estoy perdido y no podré llegar a bendecirte en el paraíso. Pero sé muy bien lo que dicen los santos, que no desamparas a quien recurre a ti y que sólo se pierde quien no te invoca.

Yo, pobrecito, acudo a ti y en ti pongo toda mi esperanza.

Jaculatoria: “Esta es toda mi confianza, esta es la razón de mi esperanza”. (San

Bernardo).

Oración, pág. 4

Visita 15

Jesús, es fuego que inflama los corazones

Oración preparatoria, pág. 3

Decía el padre Francisco Olimpio no haber cosa en la tierra que más vivamente encienda el fuego del amor divino en los corazones de los hombres que el Santísimo Sacramento en el altar.

Se mostró el Señor a santa Catalina de Siena en este divino misterio como una hoguera de amor, de la cual brotaban torrentes de divinas llamas que se esparcían por toda la tierra, dejando atónita a la santa al considerar cómo podía vivir la gente sin abrasarse de amor en medio de tales incendios de amor divino.

Haz, Jesús mío, que por ti me abraze; haz que no piense, ni suspire, ni desee, ni busque cosa alguna fuera de ti. Dichoso yo si este tu santo fuego se apodera de mí y, al paso que se van consumiendo mis años, fuesen felizmente destruyéndose en mí todos los afectos terrenos.

Jesús mío, te veo enteramente sacrificado, anonadado y destruido por mi amor en ese altar. Justo es, por tanto, que así como tú, víctima de amor, te sacrificas por mí, yo me consagre del todo a ti. Sí, Dios mío y mi amable Señor, te sacrifico hoy toda mi alma, toda mi voluntad, mi vida toda y a mí mismo.

Uno este mi humilde sacrificio con el sacrificio infinito que de sí mismo te hizo, Padre eterno, tu Hijo Jesús, mi divino Salvador, una vez en el ara de la cruz y que tantas veces te renueva diariamente en los altares. Acéptalo por los méritos de Jesús y dame gracia para repetirlo todos los días de mi vida y para morir sacrificándome enteramente en honra tuya.

Deseo la gracia a tantos mártires concedida de morir por tu amor. Pero si no soy digno de tal favor, concédeme al menos que te sacrifique mi vida con toda mi voluntad, aceptando la muerte que quieras enviarme. Anhele, Señor, esta gracia: quiero morir con la voluntad de honrarte y complacerte. Desde ahora te sacrifico mi vida y te ofrezco mi muerte, sea cual fuere y cuando quieras, por tu amor.

Jaculatoria: Jesús mío, quiero morir por tu amor.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Dejáme, dulcísima Virgen María, que te llame, con tu siervo san Bernardo, “toda la razón de mi esperanza”. Y que te diga con san Juan Damasceno: “En ti

he puesto toda mi confianza”.

Tú me has de alcanzar el perdón de mis pecados, la perseverancia hasta la muerte y verme libre del purgatorio.

Por ti logran la salvación los que se salvan. Tú, Madre mía, me has de salvar. “Quien tú quieras se salvará,” dice san Bernardo. Quiero salvarme, y me salvaré.

Y como das la salvación a cuantos te invocan, te invocaré diciendo:
Jaculatoria: “Salvación de los que te invocan, salvame” (San Buenaventura).

Oración pág. 4

Visita 16

Jesús, médico de las almas

Oración preparatoria, pág. 3

Si la gente recurriese siempre al Santísimo Sacramento para buscar remedio de sus males, no se encontrarían todos tan desvalidos como se hallan. Lamentábase Jeremías, diciendo: “¿Por ventura no hay bálsamo en Galaad o no hay allí médico?”

Galaad, monte de la Arabia, rico en unguentos aromáticos, simboliza el sentir de san Beda a Jesucristo, que tiene preparados en este sacramento todos los remedios para nuestros males. ¿Por qué, pues, hijos de Adán —parece que nos dice el Redentor—, por qué te quejas de tus males cuando tienes en este sacramento al médico y el remedio de ellos? “Vengan a mí todos y yo los aliviaré”. Quiero decirles con las hermanas de Lázaro: “Ve que está enfermo el que amas”.

Señor, yo soy el desventurado a quien tanto amas y tengo el alma toda llagada por los pecados que me han cometido. A ti me entrego, Jesús mío, para que me

Llévame del todo a ti, Jesús mío, con los dulces lazos de tu amor. Más quiero estar unido a ti que ser dueño de toda la tierra, ya nada deseo en este mundo más que amarte. Poco tengo que ofrecerte, pero si poseyera todos los reinos de este mundo, los quisiera solamente para renunciarlos todos por tu amor. Te entrego cuanto poseo: parientes, comodidades, gusto y hasta los consuelos espirituales.

Renuncio a mi libertad y a mi propia voluntad y te entrego todos mis afectos. Te amo, Bondad infinita; te amo más que a mí mismo, y espero amarte por toda una eternidad.

Jaculatoria: A ti me entrego, Jesús mío: no dejes de recibirme.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Dijiste, Virgen Santa, a santa Brígida: “Por mucho que haya pecado el hombre, si verdaderamente arrepentido se vuelve a mí, yo estoy pronta a acogerlo. No miro la muchedumbre de sus culpas, sino la disposición con que a mí viene. Ni me desdeno de poner bálsamo en sus llagas y curárselas; porque me llaman, y soy en verdad, Madre de misericordia”.

Ya que puedes y deseas curarme, a ti acudo, Médica celestial, para que cures las innumerables llagas de mi alma. Con sólo una palabra que digas a tu Hijo quedaré curado.

Jaculatoria: María, Madre mía, ten piedad de mí.

Oración, pág. 4

Visita 17

Jesús, consolador

Oración preparatoria, pág. 3

Para los amigos no hay alegría mayor que el estar con las personas a quienes aman.

Si amamos mucho a Jesucristo, permanezcamos en su presencia. Jesús en el Santísimo Sacramento nos ve y nos oye, y ¿no le diremos nada? Consolémonos con su compañía, gocemos de su gloria y del amor que tantas almas enamoradas tienen al Santísimo Sacramento. Deseemos que todos amen a Jesús sacramentado, y le consagren sus corazones, y por lo menos, nosotros demosle todo nuestro afecto, de tal modo que sea él nuestro amor y nuestro único deseo.

El padre Sales, de la Compañía de Jesús, se sentía satisfecho con sólo oír hablar del Santísimo Sacramento y nunca se saciaba de visitarle. Si le llamaban a la portería, si volvía a su aposento, si andaba por la casa, procuraba siempre, con tales ocasiones, repetir las visitas a su amado Señor, de tal manera que no pasaba hora del día sin que le visitase. Y mereció, al fin, morir a manos de los herejes en defensa de la verdad de este sacramento.

¡Si tuviera yo la dicha de morir por tan hermosa causa como es defender la verdad de este misterio, en el cual, mi Jesús, me has dado a entender el tierno amor que me tienes! Pero ya que tú, Señor mío, haces tantos milagros en este sacramento, haz uno más atrayéndome del todo a ti. Me quieres enteramente tuyo y te lo mereces de verdad. Dame fuerzas para que te ame con todo mi corazón.

Los bienes del mundo dáselos a quien tú quieras, que yo renuncio a todos ellos. Mi único deseo, mi aspiración única, es tu amor. Esto sólo pido y pediré siempre.

Te amo, Jesús mío; haz que te ame siempre y no quiera otra cosa.

Jaculatoria: Jesús, ¿cuándo te amaré de veras?

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Reina mía dulcísima, cuánto me agrada este hermoso nombre con que te invocan tus devotos: “Madre amable”.

Sí, Señora mía, te encuentro, a la verdad, toda amable. Tu belleza enamoró a tu mismo Señor. “El Rey deseó tu belleza”.

Dice san Buenaventura que es tan amable tu nombre para los que te aman, que sólo al pronunciarlo o al oírlo pronunciar sienten que se inflama y acrecienta el deseo de amarlos. Dulce, compasiva, amabilísima María, no es posible nombrarte sin que se encienda y recree el afecto de quien te ama. Justo es, pues, Madre del todo amable, que yo te ame. Mas no me contento sólo con amarte, sino que deseo ahora en la tierra y después en el Cielo ser, después de Dios, el

que más te ame. Y si tal deseo es atrevido en demasía, cúlpese a tu amabilidad y al especial amor que me has demostrado. Si fueses menos amable, menos desearía yo amarte.

Acepta, Virgen bendita, este mi deseo, y como prueba de que me lo has aceptado, consígueme de tu Jesús este amor que te pido, ya que tanto agrada a Dios el amor que te tenemos.

Jaculatoria: Madre mía, te amo con toda mi alma.

Oración, pág. 4

Visita 18

Jesús, esperándonos

Oración preparatoria, pág. 3

Un día en el valle de Josafat aparecerá Jesús en trono de majestad; pero ahora en el Santísimo Sacramento su trono es trono de amor.

Si un rey, para manifestar el amor que le tiene a un pastorcillo, fuese a habitar en la aldea donde él mismo vive, ¿cuál no sería su ingratitud si no fuera a menudo a visitarlo, sabiendo que el rey mucho lo deseaba y que había venido allí para tener ocasión de verlo con frecuencia?

Jesús mío, por el amor que me tienes, lo entiendo, has descendido a estar con nosotros en el sacramento del altar. Quisiera, si me fuera posible, permanecer de día y de noche en tu presencia. Si los ángeles, Señor mío, no cesan de estar junto a ti pasmados del amor que nos tienes, es justo que yo, viéndote por mí en el

altar, te complazca permaneciendo en tu presencia, alabando el amor y la bondad que conmigo tienes.

“En presencia de los ángeles te cantaré himnos. Te adoraré en tu santo templo y tributaré alabanzas a tu Nombre por la misericordia y verdad de tus promesas”.

Jesús sacramentado, pan de los ángeles, manjar divino, yo te amo. Pero ni tú ni yo estamos satisfechos de este amor mío. Te amo, pero te amo muy poco. Haz que mi corazón deseche todos los afectos terrenos y no dé lugar a otro amor que al tuyo.

Para que me enamore enteramente de tu bondad y puedas unirte a mí descienes todos los días del Cielo a los altares. Razón es, por tanto, que sólo piense en amarte y complacerte. Te amo con toda mi alma y con todos los afectos de mi corazón. Si quieres pagarme este amor, dame más amor, un ardor más vivo que me lleve a amarte y a complacerte en todo.

Jaculatoria: Jesús, tú que eres todo amor, dame más amor.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Así como los enfermos pobres, que por su miseria se ven desamparados de todos, hallan su único refugio en los hospitales públicos, así los pecadores más desamparados, aunque de todos sean despedidos, no se ven desamparados de la misericordia de María, a quien Dios puso en el mundo con el fin de que fuese el refugio y hospital público de los pecadores, como dice san Basilio. Y por esto san Efrén la llama “asilo de los pecadores”.

Por eso, si acudo a ti, Reina mía, no puedes desecharme por mis pecados; antes bien, cuanto más desamparado me encuentro, más motivo tengo para ser acogido bajo el manto de tu protección, ya que Dios quiso crearte para que fueras el socorro de los desgraciados. A ti recurro, María, y me pongo bajo tu manto. Tú, que eres el refugio de los pecadores, sé mi refugio y la esperanza de mi salvación. Si tú me desechas, ¿adónde acudiré?

Jaculatoria: María, refugio mío, sálvame.

Oración, pág. 4

Visita 19

Jesús, nuestro mejor amigo

Oración preparatoria, pág. 3

Cosa gratísima es encontrarse en compañía de un amigo entrañable.

¿Y no ha de sernos agradable en este valle de lágrimas el estar en compañía del

mejor amigo que tenemos, del que puede colmarnos de bienes, que nos ama apasionadamente y por eso permanece perennemente con nosotros? Aquí, en el Santísimo Sacramento, podemos conversar con Jesús como nos plazca, abrirle nuestro corazón, exponerle nuestras necesidades y pedirle sus gracias. Podemos, en suma, tratar con el Rey del Cielo en este misterio, sin encogimiento y con plena confianza.

Muy afortunado fue José cuando Dios, como enseña el Antiguo Testamento, descendió con su gracia a la cárcel donde estaba para confortarlo. “Bajó con él a la cárcel, y entre las cadenas no le desamparó”. Mucho más venturosos somos nosotros teniendo siempre en esta tierra de miserias a nuestro Dios hecho hombre, que con su presencia real nos asiste tan afectuosa y compasivamente todos los días de nuestra vida.

¡Qué consuelo es para un pobre encarcelado tener un amigo cariñoso que vaya a hablar con él, que le consuele, que le dé esperanzas, le socorra y procure alentarle en sus desgracias! He aquí a nuestro buen amigo Jesús, que en este sacramento nos anima diciendo: “Miren que estoy con ustedes todos los días”.

~~Para estar con ustedes, los yerbos de prisión desde el cielo a esta prisión~~
 Aquí estoy con ustedes, los yerbos de prisión desde el cielo a esta prisión, a mí, que así no sentirán sus miserias, y después vendrán conmigo a mi paraíso, donde los haré plenamente dichosos.

Dios mío y mi amor, ya que eres tan benigno que para estar junto a mí te dignas descender a nuestros altares, pro-pongo visitarte con frecuencia. Quiero gozar lo más que me sea posible de tu dulce presencia, que hace bienaventurados a los santos en la gloria. ¡Si me fuera dado permanecer siempre ante ti para adorarte y hacer continuos actos de amor! Alerta, te ruego, mi alma si por tibieza o por los negocios del mundo se descuida en visitarte. Enciende en mí un gran anhelo de estar siempre cerca de ti en este sacramento.

Mi amoroso Jesús, ¡quién siempre te hubiese amado y complacido! Me consuela pensar que todavía me queda tiempo de amarte, no sólo en la otra vida, sino también en la presente. Quiero hacerlo así: quiero amarte de veras, mi bien, mi amor, mi tesoro y mi todo. Quiero amarte con todas mis fuerzas.

Jaculatoria: Dios mío, ayúdame a amarte de todo corazón.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Dice el devoto Bernardino de Busto: “Pecador, quienquiera que seas, no desconfíes. Recurre a la Virgen con la certidumbre de ser socorrido, y la hallarás con las manos colmadas de misericordia y de gracias. Y “sabe —añade—, que más desea esta piadosísima Reina hacerte bien que tú el ser socorrido por ella”.

De continuo doy gracias a Dios, Virgen Santa, porque hizo que yo te conociera. Pobre de mí si no te hubiera conocido o si me olvidara de ti: gran riesgo correría mi salvación. Pero yo, Madre mía, te bendigo, te amo y confío tanto en ti, que en tus manos pongo mi alma.

Jaculatoria: María, dichoso quien te conoce y en ti confía.

Oración, pág. 4

Visita 20

Jesús, fuente de salud

Oración preparatoria, pág. 3

“En aquel día —dice Zacarías— habrá una fuente abierta para la casa de David y para los moradores de Jerusalén en la cual se lave el pecador”.

Jesús en el Santísimo Sacramento es esta fuente que predijo el profeta, abierta para todos, y en la cual, siempre que lo quisiéramos, podemos lavar nuestras almas de todas las manchas de los pecados que cada día cometemos. Cuando se cae en una falta, ¿qué remedio mejor que acudir al punto al Santísimo Sacramento? Sí, Jesús mío, así propongo hacerlo siempre, y más sabiendo que las aguas de esta fuente no sólo me purifican, sino que me dan también luz y fuerza para no recaer y para sufrir alegremente las contrariedades y que a la vez me inflaman en tu amor.

Sé que con este fin me esperas y recompensas con abundantes gracias las visitas de los que te aman. Jesús mío, purifícame de todas las faltas que he cometido hoy. Me arrepiento de todas ellas por el disgusto que te he causado. Dame fuerza para no recaer y concédeme un anhelo inextinguible de amarte.

¡Quién pudiera permanecer siempre junto a ti, como lo hacía tu fiel sierva María Díaz, que vivió en tiempo de santa Teresa y obtuvo licencia del obispo de Ávila para habitar en la tribuna de una iglesia, donde casi de continuo permanecía delante del Santísimo Sacramento, a quien llamaba su vecino, sin apartarse de allí si no era para ir a confesarse y comulgar! Y fray Francisco del Niño Jesús, carmelita descalzo, al pasar por las iglesias donde estaba el Santísimo Sacramento no podía abstenerse de pasar a visitarle, diciendo no ser decente que un amigo pase ante la puerta de su amigo sin entrar siquiera a visitarle y decirle una palabra. Pero él no se contentaba con una palabra, sino que permanecía ante el Señor todo el tiempo de que podía disponer.

Jesús mío y mi bien, veo que has instituido este sacramento y que permaneces en el altar con el fin de que te ame. Para esto me has dado un corazón capaz de amarte mucho. Pero yo, ingrato, ¿por qué no te amo?, ¿o por qué te amo tan poco? No, no es justo que sea tibiamente amada una bondad tan digna de ser

amada como la tuya. Un amor bien distinto por mi parte merece el amor que me tienes. ¡Y tú eres un Dios infinito y yo un pobre gusanillo!

No sería mucho que yo muriera y me consumiera por ti, que has muerto por mí y que cada día por amor mío te sacrificas enteramente en los altares. Mereces, Jesús, ser amado, y yo quiero amarte con todas mis fuerzas. Ayúdame, ayúdame a amarte y a hacer todo aquello que te complace y que ardientemente deseas de mí.

Jaculatoria: ¡Mi amado para mí y yo para mi amado!

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Me infunde una grata esperanza san Bernardo cuando acudo a ti, mi dulce Reina. Me dice que no te detienes en examinar los méritos de los que recurren a tu misericordia, sino que te ofreces a auxiliar a cuantos te invocan. De suerte que si te pido alguna gracia, tú me escuchas benignamente. Esto es lo que te pido: soy un pobre pecador que merece mil infiernos; pero quiero mudar de vida, quiero amar a mi Dios, a quien tanto he ofendido.

A ti me ofrezco por esclavo; a ti me entrego, indigente como soy. Salva, te diré, a quien es tuyo y ya no se pertenece. Virgen mía, ¿me has oído? Espero que me escuches y atiendas favorablemente.

Jaculatoria: María, Madre mía, tuyo soy. ¡Sálvame!

Oración, pág. 4

Visita 21

Jesús, imán de los corazones

Oración preparatoria, pág. 3

“Donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas”.

Entienden comúnmente por este cuerpo los santos el de Jesucristo, y por águilas, las almas desprendidas que se remontan sobre las cosas terrenas y vuelan hacia el Cielo, por el que siempre suspiran con sus pensamientos y afectos, como por su eterna morada. En la tierra encuentran estas águilas su paraíso donde está Jesús sacramentado; de tal modo que parece no se sacian jamás de estar en su presencia.

Que si las águilas, dice san Jerónimo, al olor de su presa, desde muy lejos acuden presurosos, ¡cuánto más no debemos nosotros correr y volar hacia Jesús en el santísimo sacramento como al más regalado alimento de nuestro corazón! Así en este valle de lágrimas corrieron siempre los santos, como ciervos

sedientos, a esta fuente del paraíso.

El padre Baltasar Álvarez, de la Compañía de Jesús, en cualquier ocupación en que se hallase, dirigía los ojos con frecuencia hacia aquella parte donde sabía que estaba el Santísimo Sacramento. Lo visitaba con frecuencia y a veces se pasaba con él noches enteras. Se lamentaba ver llenos de gente los palacios de los grandes para hacer la corte a un hombre, de quien sólo se puede esperar un bien mezquino, mientras se hallan desiertas las iglesias, donde habita el supremo Príncipe del universo, que con nosotros mora en la tierra como en un trono de amor, rico de bienes eternos e imponderables.

Y decía que era grandísima la dicha de los religiosos, pues en su propia casa, siempre que lo desean, pueden, lo que no les es dado a los seglares, visitar, lo mismo de día que de noche, a este gran Señor en el Santísimo Sacramento.

Amantísimo Señor, ya que, a pesar de verme tan miserable e ingrato a tu amor, con tanta bondad me invitas a que me acerque a ti, no quiero desalentarme por mis miserias: a ti vengo y a ti me acerco. Conviérteme enteramente y arroja de mí todo amor que a ti no se dirija, todo deseo que no te

agrade, todo pensamiento que no se encamine a ti.

Jesús mío, mi amor, mi tesoro y mi todo, sólo a ti quiero dar gusto. Únicamente tú mereces mi amor y a ti sólo quiero amar con todo mi corazón. Despréndeme de todas las cosas, Señor mío, y úneme a ti; pero de tal suerte que no me pueda volver a separar ni en esta vida, ni en la otra.

Jaculatoria: Jesús mío, no permitas que me aparte de ti.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Llama Dioniso Cartujano a la Santísima Virgen “abogada de todos los pecadores que a ella acuden”.

Madre de Dios, ya que es oficio tuyo defender las causas de los reos más delincuentes que a ti recurren, aquí estoy a tus pies. A ti recurro diciéndote con santo Tomás de Villanueva: “Abogada nuestra, cumple tu oficio”. Sí, cúmplelo encargándote de mi causa. Es cierto que he sido reo de gravísimos delitos a los ojos del Señor y que le he ofendido grandemente a pesar de tantas gracias y beneficios como me ha concedido; pero el mal está ya hecho y tú me puedes salvar. Basta que le digas a Dios que tú me defiendes, y él me perdonará y me salvará.

Jaculatoria: Madre mía amantísima, tú me tienes que salvar.

Oración, pág. 4

Jesús, dispuesto siempre a recibirnos

Oración preparatoria, pág. 3

Andaba la Esposa de los Cantares buscando a su Amado, y como no lo encontrase, iba preguntando: “¿Por ventura han visto al que ama mi alma?”

buscaba, pero no encontraba. Jesús Santísimo, ¿pero ahora? Es el santo padre nuestro Juan de Ávila que entre todos los santuarios no acertaba a hallar ni desear ninguno más grato que una iglesia donde estuviese el Santísimo Sacramento.

Amor infinito de mi Dios, digno de amor infinito. ¿Cómo puedes, Jesús mío, llegar a abatirte tanto que, para morar con los hombres y unirte a sus corazones, te humillaste hasta ocultarte bajo la forma de pan? Verbo humanado, has sido tan extremado en la humillación porque no tiene medida tu amor. ¿Y cómo puedo dejar de amarte con todo mi ser sabiendo todo lo que has hecho por cautivar mi amor? Te amo sin medida y con gusto antepongo tu beneplácito a todos mis intereses y a todos mis gustos. Mi gusto es el tuyo, Dios mío, amor mío y mi todo.

Acrecienta en mí un encendido deseo de estar continuamente delante de tu Sacramento, de recibirte en mi corazón y de hacerte compañía. Increíblemente ingrato sería yo si desoyese tan suave y amorosa invitación. Señor, destruye en mi todo afecto a las cosas creadas. Tú quieres, Creador mío, ser el único blanco de todos mis suspiros y de todos mis amores. Te amo, bondad amabilísima de mi Dios. No quiero de ti otra cosa que tu amor. No quiero mi contento; quiero y me basta el tuyo. Acepta, Jesús mío, este buen deseo de un pecador que anhela amarte. Ayúdame con tu gracia. Haz que yo, mísero esclavo del infierno, sea desde hoy feliz esclavo de tu amor.

Jaculatoria: Te amo, Jesús mío, sobre todo bien.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Dulcísima Señora y Madre mía, yo soy un vil rebelde con tu excelso Hijo; pero acudo arrepentido a tu clemencia para que me consigas el perdón. No me digas que no puedes, pues san Bernardo te llama “la dispensadora del perdón”.

A ti, Madre, corresponde ayudar a los que están en peligro, que por eso te denomina san Efrén “auxilio de los que peligran”. ¿Y quién, Reina mía, peligras más que yo? Perdí a mi Dios y he estado ciertamente condenado al infierno; no sé todavía si Dios me habrá perdonado, y puedo perderle de nuevo. De ti, que puedes alcanzarlo todo, espero todo bien: el perdón, la perseverancia, la gloria.

Espero ser en el reino de los bienaventurados uno de los que más ensalcen tu misericordia, Virgen Madre, salvándome por tu intercesión.

Jaculatoria: Las misericordias de María cantaré eternamente, eternamente las cantaré.

Oración, pág. 4

Visita 23

Jesús, Rey del Cielo, vecino nuestro

Oración preparatoria, pág. 3

Pasan muchos cristianos grandes fatigas y se exponen a innumerables peligros por visitar los lugares de Tierra Santa en que nuestro amabilísimo Salvador nació, padeció y murió.

No necesitamos nosotros emprender tan largo viaje ni exponernos a tales riesgos: cerca tenemos al mismo Señor, que habita en las iglesias a pocos pasos de nuestras casas. Y si los peregrinos estiman una gran suerte, como dice san Paulino, si logran traer un poco de polvo del pesebre o del sepulcro del Señor, ¡con qué fervor debiéramos ir nosotros a visitarle en el Santísimo Sacramento, donde está el mismo Jesús en persona, sin ser necesario para hallarlo pasar tantos trabajos y peligros!

Una persona muy espiritual, a quien concedió el Señor un amor ardentísimo al sacramento del altar, escribía en una carta, entre otros, estos sentimientos: “Veo —dice— que todo mi bien procede del Santísimo Sacramento, por lo cual me he entregado y consagrado enteramente a Jesús sacramentado. Veo que hay un sinnúmero de gracias que no se conceden porque no se acude a este divino sacramento, y veo también el gran deseo que nuestro Señor tiene de dispensarlas por este medio.

Sagrada hostia, ¿qué cosa habrá fuera de ti donde ostente Dios más su poderío? Porque en la hostia está resumido todo cuanto Dios hizo por nosotros. No envidiemos a los bienaventurados, que en la tierra tenemos al mismo Dios y con más prodigios de amor. Procura que todos aquellos con quienes hablas se consagren totalmente al amor de Jesús sacramentado.

Hablo de esta suerte porque este sacramento me saca fuera de mí y no puedo dejar de hablar del Santísimo Sacramento, que tanto merece ser amado. No sé qué hacer por mi Jesús sacramentado”. Así termina la carta.

¡Serafines que arden en dulces llamas de amor en torno del que es Señor de ustedes y mío! Y con todo, no por su amor, sino por el amor que a mí me tiene, quiso el Rey del Cielo quedarse sacramentado. Dejen, ángeles amantes, que se encienda mi alma, inflámenme en ese su fuego, para que juntamente con ustedes arda yo también. Jesús mío, dame a conocer la grandeza del amor que nos tienes, a fin de que, a la vista de esa hoguera de amor, crezca en mí siempre más y más

el deseo de amarte y complacerte. Te amo, Señor, y quiero amarte siempre con el solo fin de agradarte.

Jaculatoria: Jesús mío, creo en ti, espero en ti y a ti me entrego en el amor.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Virgen querida, san Buenaventura te llama “Madre de los huérfanos, y san Efrén, “Refugio de los huérfanos”.

Estos pobres huérfanos son los desventurados pecadores que han perdido a su Dios. Por lo tanto, a ti acudo, Virgen Santísima, aquí me tienes: perdí al Señor, mi Padre. Pero tú que eres mi Madre, haz que vuelva a encontrarlo. En esta inmensa desgracia te llamo en mi ayuda. ¿Quedaré sin consuelo? No, que Inocencio III me dice de ti: “¿Quién la invocó y no fue por ella socorrido?” Y “¿quién ha orado ante ti sin que le hayas escuchado y favorecido? ¿Quién se ha perdido que a ti haya recurrido?” Sólo se pierde el que no acude a ti. Por ello, Madre mía, si

quieres que me salve, haz que siempre te invoque y en ti ponga mi confianza.

Jaculatoria: María, Madre mía, haz que en ti ponga toda mi confianza.

Oración, pág. 4

Visita 24

Tú eres, en verdad, un Dios escondido

Oración preparatoria, pág. 3

En ninguna otra obra del divino amor se realizan tanto estas palabras como en el adorable misterio del Santísimo Sacramento, donde en verdad está nuestro Dios del todo escondido.

En la encarnación ocultó el Verbo eterno su divinidad y apareció en la tierra hecho hombre; mas para quedarse con nosotros en este sacramento, Jesús esconde también su humanidad, y sólo aparece bajo la forma de pan, como dice san Bernardo, para mostrarnos de este modo el tiernísimo amor que nos tiene: “Cubre su divinidad y oculta su humanidad y sólo aparecen las entrañas de su caridad ardentísima”.

A la vista del extremo a que llega, Redentor mío, el amor que nos tienes, quedo, Dios mío fuera de mí y no sé qué decir. Por amor llegas en este sacramento hasta encubrir tu majestad, y rebajar tu gloria, y destruir y anonadar tu vida divina, no teniendo otro oficio en el altar que el de amarnos y patentizarnos tu cariño incomparable. Y, ¿cómo te lo agradecemos, Hijo de Dios?

Jesús amoroso (permíteme decirlo), veo que antepones nuestro bien a tu

propia gloria.

¿Ignoras por ventura a cuántos desprecios ha de someterse tu amoroso designio? Veo, y mucho antes lo veías tú, que la mayor parte de la gente ni te adora ni te quiere reconocer por lo que eres en este sacramento. Sé que muchas veces esa misma gente ha llegado a pisar las hostias consagradas y arrojarlas a la tierra, o al agua, o al fuego.

Y veo también que la mayor parte de los que en ti creen, en vez de reparar con sus obsequios tantos ultrajes, o vienen a los templos a disgustarte más con sus irreverencias o te dejan olvidado en los altares, desprovistos a veces hasta de luces y de los necesarios ornamentos.

¡Si yo pudiera, dulcísimo Salvador, lavar con mis lágrimas y aún con mi sangre, aquellos infelices lugares en que fue tan ultrajado en este sacramento tu amantísimo Corazón! Mas, si tal gracia no se me concede, por lo menos deseo y propongo, Señor mío, visitarte a menudo para adorarte en reparación de los ultrajes que recibes en este divino misterio.

Acepta, Eterno Padre, este corto obsequio que, en desagravio de las ofensas hechas a tu Hijo sacramentado, te tributa el más pobre de los hombres. Acéptalo en unión de aquel honor infinito que te tributó Jesucristo en la cruz y que todos los días te da en el Santísimo Sacramento. ¡Si yo pudiese lograr, Jesús mío sacramentado, que todos estuviesen enamorados del Santísimo Sacramento!

Jaculatoria: Amable Jesús, haz que todos te conozcan y te amen.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Virgen poderosa, cuando me asalta algún temor acerca de mi eterna salvación, ¡cuánta confianza siento con solo recurrir a ti y considerar, de una parte, que tú, Madre mía, eres tan rica en gracias, que san Damasceno te llama “el mar de gracia”; san Buenaventura, “la fuente de donde brotan todas las gracias”; san Efrén, “el manantial de gracia y de todo consuelo”: san Bernardo, “la plenitud de todo bien”! Y ver, por otra parte, que eres tan inclinada a dispensar mercedes, que te crees ofendida, como dice san Buenaventura, de quien no te pide gracias.

Clementísima Reina, ya sé que tú conoces mejor que yo las necesidades de mi alma y que me amas más de lo que yo puedo amarte. ¿Sabes, pues, qué gracia te pido? Otórgame aquella que creas más conveniente para mi alma. Pídesela a Dios por mí, y así quedará plenamente satisfecho.

Jaculatoria: Jesús mío, concédeme la gracia que María te pida para mí.

Oración, pág. 4

Jesús, modelo de obediencia

Oración preparatoria, pág. 3

Alaba san Pablo la obediencia de Jesucristo diciendo que obedeció hasta la muerte, pues no sólo se hace obediente al Eterno Padre, sino también al hombre, y no sólo hasta la muerte, sino cuanto dure el mundo. Hecho obediente, puede decirse, hasta la consumación de los siglos.

El Rey de la gloria desciende del Cielo por obediencia al hombre, y no parece sino que mora de continuo en los altares también por obedecer a los hombres sin resistencia alguna. Allí está sin moverse de su sitio; permite que le pongan donde quiera, o expuesto en la custodia o encerrado en el sagrario. Deja que le lleven por todas partes, por las calles y las casas; permite que le den en la comunión a quienquiera que lo pide, sea justo o pecador. Mientras vivió en este mundo, dice san Lucas, obedecía a María Santísima y a san José; pero en este sacramento obedece sin resistencia a tantas criaturas como sacerdotes hay en la tierra.

¡Corazón amantísimo de Jesús, del cual salieron todos los sacramentos y principalmente a este sacramento del amor, permíteme que hable hoy contigo. Quisiera honrarte y glorificarte tanto cuanto honras y glorificas al Eterno Padre en este sacramento. Yo sé que en ese altar me estás amando con el mismo amor que me tenías cuando consumaste en la cruz el sacrificio de tu vida divina en medio de tantos dolores.

Ilumina, Corazón sagrado, a los que no te conocen para que te conozcan. Libra del purgatorio con tus merecimientos a aquellas almas afligidas que son ya tus eternas esposas, o al menos alívalas. Te adoro, te alabo y te amo con todas las almas que actualmente te están amando en la tierra y en el Cielo. Corazón purísimo, purifica mi corazón de todo afecto desordenado a las criaturas y llénalo de tu santo amor. Posee, Corazón dulcísimo, todo mi corazón de la suerte que de hoy en adelante sea del todo tuyo y pueda decir siempre: “¿Quién me apartará del amor de Cristo?”

Corazón santísimo, imprime en mi corazón aquellos amargos dolores que durante tantos años soportaste en la tierra por mí con inefable amor, a fin de que, a la vista de ellos, anhele de hoy en adelante o al menos sufra por tu amor con paciencia todas las pruebas de la vida. Corazón humildísimo de mi Jesús, comunícame parte de tu humildad. Corazón mansísimo, hazme partícipe de tu dulzura. Quitá de mi corazón cuanto no te agrade y conviértelo enteramente a ti para que no quiera ni desee sino lo que tú quieres. Haz, en suma, que yo viva solamente para obedecerte. Sé que es mucho lo que te pido y que te estoy muy obligado, y que aún haría poco en deshacerme de todo y consumirme por tu amor.

Jaculatoria: Corazón de Jesús, tú eres el único dueño de mi corazón.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Dice san Bernardo que María es el arca celestial en la que ciertamente nos libraremos del naufragio de la eterna condenación, si en ella nos refugiamos a tiempo.

Figura fue de María el arca en que Noé se salvó del universal naufragio de la tierra. Pero nota Esiquio que María es un arca más fuerte y más poderosa. Pocos fueron los hombres y animales que aquélla amparó y salvó, pero esta nuestra arca salvadora recibe a cuántos se acogen bajo su manto y a todos seguramente los salva. Pobres de nosotros si no tuviésemos a María. Con todo, Reina mía, ¡cuántos se pierden! ¿Y por qué? Porque no recurren a ti, pues ¿quién se perdería si a ti acudiese?

Jaculatoria: Virgen Santa, haz que todos te invoquemos.

Oración, pág. 4

Visita 26

Jesús, alegría de toda criatura

Oración preparatoria, pág. 3

“Alégrate y canta, moradora de Sión, porque grande es en medio de ti el Santo de Israel”.

Dios mío, ¡qué gozo deberíamos tener, qué esperanza y qué amor sabiendo que en nuestra patria, dentro de nuestra iglesia, cerca de nuestras casas, mora y vive el Santo de los santos en el Santo Sacramento del altar! El Dios verdadero que con su sola presencia hace bienaventurados a los santos en el Cielo y que, como dice san Bernardo, es el mismo amor.

Porque este sacramento no sólo es sacramento de amor, sino el mismo amor, el mismo Dios, que, por el inmenso amor que tiene a sus criaturas, se llama y es el amor. “Dios es caridad”. Mas oigo que lamentas, Jesús mío sacramentado, de que, habiendo venido a la tierra para ser nuestro huésped y por nuestro bien, no te hemos recibido. “Huésped era, dices, y no me recibiste”.

Razón tienes, Señor; razón tienes: yo soy uno de esos ingratos que te dejan solo, sin venir siquiera a visitarte. Castígame como quieras, mas no con el castigo que merezco de verme privado de tu presencia. No, Dios mío, que yo quiero enmendarme de mi descortesía y de la desatención con que te he tratado y deseo en lo futuro no sólo visitarte con frecuencia, sino detenerme contigo cuanto pudiere.

Mi piadoso Salvador, haz que te sea fiel y que con mi ejemplo estimule a los demás a que te hagan compañía en el Santísimo Sacramento. Oigo al Eterno Padre que me dice: “Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias”. Pues si el mismo Dios halla en ti todas sus complacencias, ¿no las he de encontrar yo, vil gusanillo de la tierra, en permanecer contigo en este valle de lágrimas? Fuego consumidor, destruye en mí todo apego a las cosas creadas, porque sólo ellas pueden hacerme infiel y apartarme de ti.

Si quieres, en verdad lo puedes. “Señor, si quieres puedes purificarme. ¡Has hecho tanto por mí! Haz, pues, esto también: destierra de mi corazón todo afecto que a ti no vaya dirigido. Mira que a ti me entrego por entero, dedicando el resto de mi vida al amor del Santísimo Sacramento. Tú, Jesús mío sacramentado, serás mi consuelo y mi amor en la vida y en la hora de la muerte, cuando vengas a servirme de viático y conducirme a la felicidad de tu Reino. Así lo espero, así sea.

Jaculatoria: Jesús, ¿cuándo llegaré a contemplar tu rostro?

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

En ti, Madre nuestra, hallamos remedio a todos nuestros males; en ti, dice san Germán, tenemos el sostén de nuestra flaqueza; en ti, exclama san Buenaventura, la puerta para salir de la esclavitud; en ti nuestra segura paz; en ti, como decía san Lorenzo Justiniano, encontramos el auxilio en las miserias de la vida; en ti, finalmente, la gracia divina y el mismo Dios, porque por ello san Buenaventura te llama “trono de la gracia de Dios,” y Proclo, “puente felicísimo” por donde Dios, a quien nuestras culpas alejaron, pasa a habitar con su gracia en nuestras almas.

Jaculatoria: María, tú eres mi fortaleza, mi libertad, mi paz y mi salvación.

Oración, pág. 4

Visita 27

Jesús, admirable en su amor

Oración preparatoria, pág. 3

Canta la Iglesia en el oficio del Santísimo Sacramento: “No hay nación alguna, por grande que sea, que tenga a sus dioses tan cerca de sí como está de nosotros nuestro buen Dios”.

Oyendo hablar los gentiles de las obras de amor de nuestro Dios, exclamaban: ¡Qué Dios tan bueno es el Dios de los cristianos! Y en verdad que, aunque los gentiles imaginaban los dioses conforme a sus caprichos, si leemos sus historias veremos que entre tantas fábulas y tantos dioses como se inventaron jamás

lograron imaginar un Dios tan enamorado como lo está nuestro verdadero Dios, quien, para demostrar su amor a sus adoradores y para enriquecerlos de gracia, realizó este prodigio de hacerse nuestro perpetuo compañero, oculto de día y de noche en nuestros altares, como si no supiese apartarse un instante de nosotros.

De esta manera, Jesús mío dulcísimo, quisiste hacer el más estupendo de los milagros para satisfacer el extremado deseo que tienes de estar continuamente a nuestro lado. ¿Por qué huyen de tu presencia? ¿Cómo pueden vivir tanto tiempo lejos de ti, o venir raras veces a visitarte? Si pasan contigo un cuarto de hora, se les antoja un siglo por el tedio que sienten. ¡Paciencia de mi Jesús, cuán grande eres! Sí, lo entiendo, Señor mío: eres tan grande porque es inmenso el amor que nos tienes, y esto es lo que te obliga a permanecer continuamente entre tantos ingratos.

¡Dios mío, que siendo infinito en tus perfecciones, eres también infinito en el amor! No permitas que sea yo en el futuro uno de esos ingratos, como lo fuí en el pasado. Concédeme el amor que a tus merecimientos y a mi obligación corresponde. Tiempo hubo en que yo también me cansaba de estar en tu compañía, porque no te amaba o te amaba muy poco, pero si logro con tu gracia amarte mucho, entonces no me cansaré de pasar los días y las noches a tu pie en este sacramento.

Padre eterno, te ofrezco a tu mismo Hijo: acéptalo, y por sus méritos dame un amor tan tierno y ferviente al Santísimo Sacramento, que cuando pase por una iglesia donde esté Jesús sacramentado vuele a él irresistiblemente mi espíritu y busque con ansia el momento de ir a visitarlo.

Jaculatoria: Dios mío, por el amor de Jesús, dame un gran amor al Santísimo Sacramentado.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Es María aquella torre de David de la cual dice el Espíritu Santo en el Cantar de los Cantares que está edificada con baluartes y tiene mil defensas y armas para socorro de los que a ella acuden.

Tú eres, Virgen María, la defensa fortísima de cuantos se hallan en el combate. ¡Qué asaltos me dan continuamente mis enemigos para privarme de la gracia de Dios y de tu protección, Madre mía, amabilísima! Pero tú eres mi fortaleza y no te desdeñas, según decía san Efrén, de combatir por los que en ti confían. Defiéndeme y lucha por mí, que en ti deposito toda mi confianza.

Jaculatoria: María, tu hermoso nombre es la defensa mía.

Oración, pág. 4

Visita 28

Jesús, prenda de gracia

Oración preparatoria, pág. 3

Habiéndonos dado Dios a su propio hijo —dice san Pablo—, ¿podremos temer que nos niegue bien alguno?

Sabemos que el Padre eterno todo cuanto tiene se lo ha dado a Jesucristo. Agradecemos, pues, siempre la bondad, la misericordia y la libertad de nuestro amantísimo Dios, que quiso enriquecernos con todos los bienes y todas las gracias dándonos a Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

En verdad, Salvador del mundo, Verbo hecho hombre, puedo decir que eres enteramente mío si yo lo quiero. Pero ¿puedo igualmente afirmar que soy todo tuyo como tú quieres? Señor mío, haz que no se vea en el mundo el desconcierto e ingratitud de que yo no sea tuyo como tú lo quieres. ¡Nunca más suceda! Si así fue en lo pasado, que no lo sea en adelante. Hoy resueltamente me consagro a ti.

Te entrego para el tiempo y para la eternidad mi vida, mi voluntad, mis pensamientos, mis acciones y mis padecimientos. Soy tuyo enteramente, y como víctima a ti consagrada, me despido de las criaturas y me doy totalmente a ti.

Abrásame en las llamas de tu divino amor. No quiero que en mi corazón vuelvan a tener parte las criaturas. Las pruebas que me has dado del amor que me tienes, cuando ni siquiera te amaba, me mueven a esperar que ciertamente me recibirás ahora que te amo y que por amor tuyo a ti me entrego.

Te ofrezco hoy, Padre eterno, todas las virtudes, actos y afectos del Corazón de tu amado Jesús, y por sus merecimientos, que todos son míos, pues él me los ha dado, concédeme la gracias que Jesús pide para mí. Con estos merecimientos te doy gracias por tantas misericordias como has usado conmigo; con ellos satisfago lo que por mis culpas te debo; por ellos espero de ti, Señor, todas las gracias: el perdón, la perservancia, la gloria y, sobre todo, el sumo don de tu perfecto amor.

Bien veo que soy yo quien a todo pone impedimentos, pero esto mismo tú lo vas a remediar. Te lo pido en nombre de Jesucristo, el cual nos prometió que nos concederías todo aquello que en su nombre te pidiéramos. Por lo tanto, no te puedes negar. No quiero, Señor, sino amarte, entregarme enteramente a ti, para nunca más dejar de amarte. Te amo, Dios mío; te amo, Bondad infinita; te amo, amor mío, gloria mía, mi bien, mi vida y mi todo.

Jaculatoria: Jesús mío y todo mi bien, tú me amas y yo también te amo.

Comunión espiritual, pág. 4

Cuánto alivio siento en miserias y cuánto consuelo en mis tribulaciones y qué esfuerzo recibo en la tentación no bien pienso en ti e imploro tu socorro, dulcísima Madre María. Razón tienen, santos del Cielo, en llamar a la Virgen “puerto de atribulados”, como san Efrén; “alivio de nuestras miserias y consuelo de los desgraciados”, como san Buenaventura; “remedio de nuestro llanto”, como san Germán.

Consuélame, Madre mía, pues me veo lleno de pecados, cercado de enemigos, tibio en el amor de Dios. Consuélame, pero que la consolación que me des sea el hacerme empezar una vida nueva que verdaderamente agrade a tu Hijo y a ti.

Jaculatoria: Conviérteme, transfórmame, Madre mía, que tú puedes hacerlo.

Oración, pág. 4

Visita 29

Jesús, nos pide el corazón

Oración preparatoria, pág. 3

Pastor amantísimo, que por amor a tus ovejas, no contento con morir una vez sacrificado en el ara de la cruz, quisiste además quedarte oculto en este divino sacramento en los altares de nuestras iglesias para estar siempre junto a nosotros y llamar a las puertas de nuestros corazones con el fin de entrar en ellos.

¡Si yo supiera gozar de tu íntima compañía, como la sagrada Esposa de los Cantares, que decía: “¡A la sombra del deseado me senté!” Si yo te amase de veras, amabilísimo Jesús mío sacramentado; entonces sí que desearía no apartarme jamás del sagrario ni de día ni de noche; y descansando allí, junto a tu majestad, aunque encubierta con la aparente sombra de pan y vino, probaría aquellas delicias celestiales y aquel gozo que hallan las almas que más te aman.

Señor, atráeme con el aroma de tu hermosura y del amor inmenso que en este sacramento me manifiestas. Y así, Salvador mío, dejaré las criaturas y los placeres todos del mundo y correré hacia ti.

¡Qué frutos de santas virtudes ofrecen a Dios, como plantas nuevas, las almas venturosas que te visitan con amor en el sagrario! Pero yo me avergüenzo de presentarme tan desnudo y vacío de virtudes ante ti, Jesús mío. Ordenado tienes que quien va al altar para honrarte no vaya sin algún don que ofrecerte. Y yo, ¿qué he de hacer? ¿No volver a visitarte? No, que no es esto lo que te agrada. Me presentaré a ti pobre cual soy, y tú me preveerás de los mismos dones que de mí deseas. Veo que te quedaste en este sacramento para premiar a los que te aman; pero también para enriquecer a los pobres con tus bienes.

Voy a empezar desde ahora. Te adoro, Rey de mi corazón, verdadero amante, pastor enamorado de tus ovejas. Acudo a este trono de tu amor, y no

gloria?

Jesús mío, ¡qué invención tan amorosa ésta en que te ocultas en el Santísimo Sacramento bajo la forma de pan, a fin de que te amen y puedan encontrarte en la tierra todos los que lo deseen! Razón tenía el profeta al decir que clamasen y pregonasen por todo el mundo hasta qué punto llegan las invenciones del amor

~~que en los siglos pasados todos los corazones se abrían a ti, Jesús, digno de~~
 llamas de purísimo amor, fuego consumidor, abrázame del todo y dame nueva vida de amor y de gracia.

Úneme a ti de tal suerte que nunca vuelva a dejar tu amistad. Corazón abierto para ser el refugio de las almas, recíbeme. Corazón atormentado en la cruz por los pecados del mundo, dame un verdadero dolor de todas mis culpas. Sé que en este divino sacramento conservas los mismos sentimientos de amor que por mí tuviste al morir en el Calvario, y que por lo mismo tienes un deseo ardiente de unirte enteramente a ti. ¿Será posible que me resista aún a entregarme del todo a tu amor y deseo?

Amado Jesús, por tus merecimientos, hiéreme, préndeme, átame, úneme todo entero a tu Corazón. Resuelvo en este día, ayudado de tu gracia, complacerte cuanto pueda, pisoteando todos los respetos humanos, inclinaciones, repugnancias, todos mis gustos y cuantas comodidades pudieran impedirme contemplarte plenamente. Haz, Jesús mío, que así lo realice, de tal manera que de hoy en adelante todas mis obras, sentimientos y afectos se conformen enteramente con tu voluntad. Amor divino, arroja de mi corazón los demás amores. María, esperanza mía, que todo lo puedes con Dios, alcánzame la gracia de ser hasta la muerte siervo fiel del puro amor de Jesús. Amén; así lo espero en el tiempo y en la eternidad.

Jaculatoria: ¿Quién podrá apartarme del amor de Cristo?

Oración espiritual, pág. 4

A María Santísima

La caridad de María para con nosotros, según nos lo afirma san Bernardo, no puede ser ni mayor ni más poderosa de lo que es. Por lo cual se compadece siempre generosamente de nosotros con su cariño y nos socorre con su poder.

Siendo, por tanto, purísima Reina mía, rica en poder y rica en misericordia, puedes y deseas salvarnos a todos. Te diré, pues, hoy y siempre, con el devoto Blosio: “María Santísima, en esta gran batalla que con el infierno tengo empeñada, ayúdame siempre y cuando veas que me hallo vacilante y próximo a caer, tíéndeme entonces, Señora mía, más pronto tu mano y sosténme con más fuerza”.

¡Dios!, ¡cuántas tentaciones tendré que vencer hasta la hora de mi muerte! María, esperanza, refugio y fortaleza mía, no permitas que pierda la gracia de Dios, pues propongo acudir siempre a ti en todas las tentaciones, diciendo:

Jaculatoria: Ayúdame, María; María, ayúdame.

Oración, pág. 4

Visita 31

Jesús, espera nuestra vida

Oración preparatoria, pág. 3

Hermoso en gran manera fue el espectáculo que ofreció nuestro dulce Redentor cuando, cansado de caminar, se sentó junto al pozo de Jacob, esperando benigno y amoroso a la samaritana para convertirla y salvarla.

De igual manera, descendiendo ahora el mismo Señor todos los días desde el Cielo a nuestros altares, como otras tantas fuentes de gracia, dulcemente se entretiene con nosotros, esperando y convidando a todas las almas a que le hagan compañía, siquiera unos momentos, a fin de atraerlas de esta suerte a su perfecto amor. Desde los altares, donde reside Jesús sacramentado, parece que nos habla a todos y nos dice: ¿Por qué huyen de mi presencia? ¿Por qué no vienen y se acercan a mí que los amo tanto y que por su amor estoy aquí tan humillado? ¿Qué temen? No he venido aún a la tierra para juzgar; antes bien, me oculto en este sacramento de amor con el único fin de hacer bien y salvar a todos los que a mí recurren.

Entendamos que así como en el Cielo viene siempre Jesu-cristo para interceder por nosotros, así también en el Santísimo Sacramento del altar está de noche y de día haciendo el piadoso oficio de abogado nuestro y ofreciéndose como víctima al Padre eterno para alcanzar su misericordia y gracias sin cuento. Por esto decía el devoto Kempis que hemos de llegar a hablar con Jesús sin temor a sus castigos y sin ningún recelo, sino como habla un amigo con su amigo más querido.

Ya que me lo permites, deja, Rey y Señor mío, que te abra confiadamente mi corazón y que te diga: Jesús mío, enamorado de las almas, conozco bien los agravios que te hacen: los amas, y no responden a tu amor; les haces bien, y recibes desprecios; quieres que oigan tu voz, y no te escuchan; les ofreces tus gracias, y las rechazan. Jesús mío, ¿será verdad que yo también hice en otro tiempo causa común con esos ingratos para ofenderte? Demasiado cierto es, Dios mío. Pero deseo corregirme y quiero en los días que me quedan de vida reparar los disgustos que te he causado y hacer todo cuanto pueda para agradarte y complacerte.

Di, Señor, lo que quieres de mí, que todo quiero hacerlo cumplidamente. Házmelo saber por medio de la santa obediencia, y espero realizarlo. Dios mío, te prometo firme-mente nunca omitir desde hoy cosa alguna que entienda ser de tu mayor agrado, aunque tenga que perderlo todo: parientes, amigos, estimación, salud y hasta la misma vida. Que se pierda todo con tal de agradarte a ti. ¡Dichosa pérdida cuando todo se pierde y sacrifica por contentar a tu Corazón!

¡Dios del alma mía, sumo bien y amabilísimo entre todos los bienes! Te amo, y para amarte reúno en mi pobre corazón el amor con que te aman los serafines, el amor del Corazón de María y del Corazón de Jesús. Te amo con todo mi ser y únicamente a ti quiero amar.

Jaculatoria: Dios mío, Dios mío, tuyo soy y tú eres mío.

Comunión espiritual, pág. 4

A María Santísima

Dice el beato Amadeo que la bienaventurada Reina María está continuamente ejercitando en la presencia de Dios el oficio de abogada nuestra e intercediendo con sus oraciones, que son para con Dios poderosísimas. Porque como ve nuestras miserias y peligros, la clementísima Señora se com-padece de nosotros y nos socorre con amor de Madre.

De suerte que ahora mismo, Madre y Abogada mía, ves las miserias de mi alma y los peligros que me rodean y estás rezando por mí. Ruega y ruega y no dejes nunca de hacerlo hasta que me veas salvo y dándote humildes gracias en el Cielo.

Dice el devoto Blosio que tú, dulcísima María, eres, después de Jesús, la salvación segura de tus siervos fieles. Yo te pido hoy esta gracia: concédeme la dicha de ser tu siervo hasta la muerte, para que después de esta vida vaya a bendecirte en el Cielo, seguro ya de que jamás habré de apartarme de tus pies mientras Dios sea Dios.

Jaculatoria: María, Madre mía, haz que sea yo siempre tuyo.

Oración, pág. 4

Index

Título Page	2
Derechos de autor	3
ÍNDICE	4
Visitas al Santísimo	6
Visita 1	7
Visita 2	8
Visita 3	10
Visita 4	11
Visita 5	12
Visita 6	13
Visita 7	14
Visita 8	15
Visita 9	16
Visita 10	17
Visita 11	19
Visita 12	20
Visita 13	21
Visita 14	22
Visita 15	24
Visita 16	25
Visita 17	26
Visita 18	27
Visita 19	28
Visita 20	30
Visita 21	31
Visita 22	32
Visita 23	34
Visita 24	35
Visita 25	36
Visita 26	38
Visita 27	39
Visita 28	41

Visita 29	42
Visita 30	43
Visita 31	45